

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Pesetas.
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar...	5 pesos
CORRESPONSALES	
25 números de El Motín.....	2,50
Idem del Suplemento.....	0,75
NÚMERO DE EL MOTÍN	
	15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN
Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTRO DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO DE SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

LA ACCIÓN POPULAR

En la primera reunión de la prensa asociada acordóse que la designación de letrado director no tuviera carácter político.

Respetando las intenciones de los que tal deseo manifestaban, creímos que allí había alguien que se engañaba de buena fe. ¿Cómo quitar carácter político a un acto que era consecuencia de otros realizados por personajes de la situación? Esto aparte de que es difícil realizar hoy ningún acto público sin que la política, base de la vida moderna, entre en más ó en menos.

Cuando llegó el momento de designar letrado, nosotros, que no tenemos compromisos de partido ni otra misión que la de desquiciar el edificio monárquico y los puntales democráticos que lo sostienen, propusimos al Sr. D. Francisco Silvela, por las razones expuestas en el número anterior.

Antes que en Silvela (lo confesamos ingenuamente) pensamos en el Sr. Salmerón; pero dió la maldita casualidad que acudieran á nuestra memoria algunas especies que *El País* y sus amigos habían vertido acerca de su gestión como juriconsulto, y retrocedimos asustados. Por algo dijo el poeta aquello de

¡Oh memoria!
¡Tirano de nuestra vida!

Al oír el nombre del Sr. Silvela, los ministeriales se opusieron, recordando lo que hizo cuando fué ministro de Gracia y Justicia, y propusieron á Salmerón; pero aun cuando tenían razón sobrada, la implacable aritmética les probó que debía ser elegido el primero.

Y lo fué en efecto, y en honor de la verdad debemos decir que los periódicos ministeriales respetaron el acuerdo, quedando todos plenamente convencidos de que el nombramiento no debía tener carácter político.

Aun cuando nosotros, en nuestro fuero interno, disintíamos de esa opinión, nada dijimos ni nada pensábamos decir, dejando al tiempo, gran maestro de verdades, el encargo de demostrarnos que habíamos cometido una feo inocentada.

Pero hete aquí que *El País* se alborota, se sube á la parrá, y pone de oro y azul á los que habíamos incurrido en la imperdonable candidez de votar al Sr. Silvela; y entoces y sólo entonces caímos en la cuenta de la monstruosidad que semejante candidez encerraba.

Los antecedentes del Sr. Silvela cayeron como losa de plomo sobre nuestro ya angustiado corazón, y comprendimos lo criminales que habíamos sido buscando á un pocero para limpiar una alcantarilla infecta, é intentando que un enemigo nuestro, desarmado hoy, reventara á otro enemigo, armado hasta los dientes.

Y tanto nos preocupó la idea, que tuvimos esta terrible pesadilla:

Vimos que el Sr. Silvela, con la autoridad que le da lo que ha sido y la influencia que le presta lo que puede ser, entraba en las Salesas, y hacia andar de cabeza desde el alguacil más insignificante hasta el presidente del Tribunal Supremo; que nadie se atrevía á rechazarle una prueba; que no había para él detalle oculto ni diligencia ilegible...

Que, por consecuencia, la opinión pública seguía excitada; que los ataques entre fusionistas y conservadores se hacían más vivos, y nos daban el espectáculo divertido de sacarse diariamente trapos sucios á la colada, para que el país se convenciera más y más de lo que valen unos y otros...

Que en esto llegaba el día del juicio oral, y con un poco de voluntad y buen deseo, se conseguía llevar á todo Madrid á los alrededores de las Salesas, paralizando así la vida normal de la población...

Que las tropas, unas en las calles y otras en los cuarteles, daban á Madrid el aspecto de las grandes solemnidades revolucionarias, refrescando historias pasadas de andante caballería, artillería, infantería y demás armas é institutos que ponen frenéticos de gozo á D. Emilio y á las niñas...

Que al hablar Silvela en el juicio oral hacía cargos tremendos, no á Varela, no á la Higinia, no á Millán Astray, sino á los de arriba, á los que están muy altos, á los que conviene ver pronto por tierra...

Que, por efecto de esto, la justicia histórica quedaba muerta á manos de Caín Silvela, los fusionistas por el suelo, y los conservadores triunfantes, si cualquiera suceso imprevisto no llevaba las cosas más allá...

Que una vez arriba los conservadores, arreciaba la persecución, se forzaba la máquina reaccionaria, venían las inteligencias, despertaban los dormidos, se apasionaban los indiferentes, resucitaban energías, se volvían los ojos á París, y...

Aquí acabó la pesadilla.

Al recobrar nuestra razón y enterarnos de que Silvela, por una precipitación excusable, que obedeció á móviles dignos de varios directores de periódico, no se encargaba ya de dirigir la acción popular, respiramos tranquilos y nos dijimos:

«Tiene muchísima razón nuestro querido colega *El País*, periódico genuinamente revolucionario.

No es lícito, políticamente hablando, procurar que los enemigos se destruyan mutuamente, si estos enemigos no tienen los grados que marca la escala de la moralidad. Cuando se trata de esto, lo primero es exigir la cédula de vecindad y una certificación de buena vida y costumbres, visada por el párroco y legalizada por tres notarios.»

Y después de decirnos esto, comprendiendo que todo crimen debe tener su expiación, agarramos la pluma y escribimos la siguiente carta:

SEÑORES DE LA JUNTA DIRECTIVA DE LA PRENSA ASOCIADA PARA LA ACCIÓN POPULAR

Muy señores míos y distinguidos compañeros: Las inexplicables intemperancias de *El País* me han obligado á declarar que para *EL MOTÍN* el nombramiento de letrado director de la acción pública era político y muy político.

Y como esta opinión particular contradice el acuerdo tomado por la prensa asociada, no me creo con derecho á seguir formando parte de ella, y quedo en libertad de acción para juzgar la conducta de los que, llamándose demócratas, no respetan los acuerdos de la mayoría.

Rogándoles que publiquen esta carta, se reitera de ustedes afectísimo atento servidor q. b. s. m.

JOSÉ NAKENS.

Hoy 15 Agosto 1888.

Sentimos haber tenido que tomar esta determinación, que no supone en manera alguna disidencia con la actitud de la prensa coligada, pero que se imponía desde el momento que, disintiendo del acuerdo tomado por la mayoría, declaramos que *EL MOTÍN* daba carácter político al nombramiento de letrado director de la acción pública.

LAS GRANDES INTELIGENCIAS

Silvela, que pasa en este país por hombre hábil, acepta el cargo que la prensa asociada le confía.

Cánovas, á quien consulta; se apresura á decirle que acepte.

Montero Ríos, indignado por las alusiones que Silvela hizo en su discurso de Málaga, presenta la dimisión del cargo de presidente del Tribunal Supremo y hace declaraciones graves relacionadas con el crimen de la calle de Fuencarral.

Y ni Silvela ve que comete una insigne torpeza colocándose en frente de lo que siempre defendió; ni Cánovas advierte que el uso de ciertas armas perjudica á la larga á quien apela á ellas; ni Montero comprende que su seriedad de político y su autoridad de primer magistrado de la justicia histórica sufren rudo golpe al recoger con ligereza las alusiones más ó menos embozadas que se le dirigen.

Pero no estamos en lo cierto al afirmar que ni Silvela

ha visto, ni Cánovas advertido, ni Montero comprendido el alcance de sus resoluciones, no: todos y cada uno han medido bien su alcance.

Lo que hay es que, políticos los tres de bajo vuelo, han obedecido á la impresión del momento, y no han pesado con la serenidad de verdaderos estadistas las consecuencias de sus decisiones.

No teniendo ninguna idea elevada y firme de la ciencia del buen gobernar, se dejan arrastrar por el suceso diario, se arrebatan por la mortificación más leve, y así todos sus actos revisten un carácter de impresionabilidad y ligereza tales, que más parecen cadetes de la política que generales.

Separándolos un poco de la rutina doctrinaria que siempre han seguido, todos muerden el cebo que les presentan, sin ver el anzuelo que encubre. Alcanzar el poder ó vengarse del enemigo, aun cuando no sea en tiempo y sazón oportunos, esto es lo que saben, á esto se dirigen siempre.

¡Pobre España, condenada durante tantos años á ser víctima de politiquillos de alcances tan menguados! ¡Qué suerte ha de ser la suya si no la que actualmente corre!

¿Y hombres así pasan por inteligentes? ¿Y en sus manos se pone la honra y el porvenir de una nación? Si en asuntos de relativa importancia pierden así la cabeza y no saben cómo resolverlos, ¿qué sucedería aquí el día que vinieran graves complicaciones?

Urge anularlos cuanto antes, si no queremos llorar un día con lágrimas de sangre el haber tolerado por tanto tiempo la dominación de hombres tan incapaces, tan impresionables, tan volubles y tan faltos de las condiciones que forman los hombres de Estado: prudencia, calma y convicción.

Vaya cada cual por el camino que quiera, con tal que esté siempre dentro de él, sin que le hagan abandonar las perspectivas halagüeñas ni los reverses inevitables; y que al caer caiga cada uno con sus ideas, con sus procedimientos, con sus errores, si los comete; con sus aciertos, si los tiene.

Lo demás, supone falta de criterio ó sobra de pequeñas pasiones.

MONO DE IMITACIÓN

¡Como que se iba á callar él después de haber tenido resonancia el discurso de Silvela!

Antes dejará la lujuria de ser compañera inseparable de la sotana que la envidia deje de ser consejera de mestizos.

¿Que el lugarteniente de Cánovas dispara bala rasa contra la situación? Pues ahí sale Pidal provisto de esos proyectiles de plazuela que tan tristes recuerdos deben despertar en su compañero Villaverde.

¿Que, haciendo gala de desparpajo, censura D. Francisco la inmoralidad reinante, hija legítima y mimada de su partido? Pues como á descaro y procacidad nadie le gana á un neo, ahí está tronando contra ella el padrino de los que engordaron chupando el aceite de las lámparas del templo.

Y ¡qué cosas dice Pidalete cuando se cala el bonete del cuaremero y da rienda suelta á su oratoria de club católico!

Nada menos que «Dios y su divina madre» se empeñan en que vuelvan al poder los conservadores. Sin duda han variado de opinión, pues no estorbaron que cobardemente lo abandonaran en el Pardo, cuando al mismo D. Alejandro le faltó poco para salir á uña de mestizo.

Pero mientras tan altos protectores buscan el medio de sacar adelante su empeño, Pidalete se encomienda á las instituciones, por si acaso, brindando por su salud con el entusiasmo amortiguado de una digestión trabajosa.

En cambio los vapores del Champagne no oscurecen su idea fija: el odio que siente hacia la prensa, y afirma que los corresponsales de los periódicos desfiguran la verdad como mejor conviene á sus intereses.

EL MOTIN



El Pueblo y la Prensa.
Ayuntamiento de Madrid

El público, á pesar de estar en su mayoría compuesto de conservadores, recibió con síntomas de silba esos chismes de sacristía.

Sin embargo, Pidal tiene razón: los corresponsales de los periódicos desfiguran la verdad.

La desfiguración cuando llaman discurso político al tejido de citas cursis y apóstrofes de predicador adocenado que él ensarta; cuando lo pintan hombre importante, siendo un charlatán con fortuna; cuando le atribuyen convicciones que deja en manos de Cánovas al precio de una cartera; y cuando le suponen que sirve al partido conservador, mientras obedece á emulaciones de actor en su competencia con Silvela.

Cuando esto hacen los corresponsales de los periódicos, desfiguran la verdad, según conviene á sus intereses. A los intereses de todos los españoles, que quieren que no se sepa en el extranjero que aquí pasan por personajes tipejos como Pidal, y que hablan de moralidad y de decoro político sin que la vergüenza les tape la boca diciéndoles:

«Habéis sido ministros con el partido conservador.»

EL SUSTO DEL DÍA

El crimen y el incendio han trabajado sin descanso para que ni un solo día dejaran de sentirlo los afortunados habitantes de esta villa de Moret y el madroño.

Pero á todo se acostumbra la gente, y el crimen misterioso y el incendio destructor iban perdiendo su poder de sembrar el espanto, y la vida en Madrid haciéndose monótona y pesada.

Afortunadamente la hidra revolucionaria, que parecía haberse retirado de la escena por creer que la podredumbre que encierra la situación le ahorraría el trabajo de derribarla, ha vuelto á presentarse, causando el susto consiguiente.

El jueves por la noche debió dar señales de vida, á juzgar por las que de su celosa vigilancia dieron los encargados de salvar las instituciones.

Oficiales de artillería, portadores de pliegos, corriendo desde Vicálbaro á Madrid; conferencias del capitán general con el gobernador de la provincia; idas y venidas de ambas autoridades; todo eso hubo, según los periódicos relatan.

Y á todo esto los vecinos sin poder compartir con el gobierno la viva emoción del miedo, y dormidos tranquilamente sobre el ignorado volcán, pronto á aniquilarlos.

Horror causa pensar lo que sería de nosotros sin un ministro de la Gobernación como el hermoso gaditano, incansable en descubrir los hilos de la trama revolucionaria y enérgico para destruirla.

Pues, sin embargo, no se le hace justicia; se dice, por el contrario, que él, tan hábil en cuestión de negocios, se lo hace sin saberlo á los fabricantes de conspiraciones, que lo explotan, ó, mejor dicho, que explotan el país con cuyo dinero se pagan; que se asusta de su sombra, y que sus alardes de previsión son terrores de una conciencia turbada.

¡Valiente absurdo! ¿Quién puede tenerla más limpia que el piadoso hermano de San Vicente de Paul?

Modelo de consecuencia y de desinterés como político, es el único de quien puede decirse que nunca va á su negocio.

Está en él siempre. En el de salvarnos, se entiende.

EL DONATIVO PONTIFICIO

El paternal corazón de León XIII se ha conmovido al saber el hundimiento de la catedral de Sevilla, y ¡oh desprendimiento!, ha enviado diez mil pesetas para las obras de reparación. ¡Dios se lo premie!

Ahora se convencerán las piadosas damas hispalenses, que tantos millones enviaron á Roma cuando el último jubileo, de que el Papa no echa en olvido las prodigalidades de sus hijos.

Si alguien, con perversa intención, apuntara la idea de que lo que da no guarda proporción con lo que ha recibido, y que su generosidad podría equipararse á la del que devolviese las cáscaras de la fruta que le hubiesen regalado, no le hagamos el menor caso. Serían impías calumnias, propias sólo de los que desconocen ó aparentan desconocer la angustiosa situación del Pontificado.

Dar diez mil pesetas un infeliz prisionero que vive de la limosna, es el colmo del desprendimiento, aun cuando acabe de recibir centenares de millones. ¿O querían que se arruinase por completo y hasta que viniese á prestar su apoyo personal para remover escombros?

Y no es porque no fuese capaz de hacer todo esto, no; es que en su alta sabiduría se le habrán ocurrido estas consideraciones:

«Sevilla es una población opulentísima, y lo prueba el que, después de atender superabundantemente á los pobres, de tener bien provistos sus hospitales, asilos y demás establecimientos benéficos, aun pudo cómodamente enviarme enormes cantidades en metálico y alhajas. Una ciudad así no ha menester mi concurso para reconstruir su catedral.»

Consideraciones perfectamente explicables, porque en su bondadoso corazón no cabe la idea de que haya quien abandone á los menesterosos mientras regala millones y millones para el dinero de San Pedro; y que las gentes sensibles que ahora se affigen profundamente por el desplome de unas cuantas pilas, sean capaces de ver imposibles á los que parecen de hambre, sin emplear en socorrerles parte de lo que aportaron á la Ciudad Eterna.

¡Lo que es el ver las cosas desde lejos!

LA CARICATURA

Les pasa á los gobiernos reaccionarios con la prensa lo que al acusado con el fiscal; desearía que enmudeciera.

Sin ella, sus torpezas, sus atropellos, sus inmoralidades estarían acaso en la conciencia pública, pero no se las arrojarían al rostro, sonrojándolos; no correrían de boca en boca, leídas en las columnas del periódico, ni provocarían la indignación al ser comentadas y discutidas.

El pueblo, al contrario, ama á la prensa como se ama á una cosa propia, porque es la voz de sus deseos y de sus esperanzas, de sus censuras y de sus agravios.

Así, cuando los gobiernos la persiguen, abrumándola con denuncias, el pueblo la alienta leyéndola con avidez; y cuando, denigrándola, pretenden hundirla, el pueblo la ensalza y enaltece.

Por eso pasan los gobiernos y la prensa queda, sirviéndole de apoyo el más firme de los poderes, ese que la levanta en sus brazos.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

El 31 de Julio celebraron los jesuitas de Santander la fiesta de su fundador en la iglesia de la Compañía.

A la salida varios individuos empezaron á repartir en la puerta unos libritos que contenían la verdadera vida, fines y milagros del célebre capitán cojo de Pamplona, el egregio San Ignacio.

Irritados sus discípulos por aquella propaganda, se abalanzaron sobre cuantos fieles ó infieles tenían tales libros, y se los arrebataron.

Hasta el sacris echó su cirio á espadas, apostrofando á los propagandistas y gritando: «¡No hay justicia en la tierra!»; y en esto tuvo razón.

Si la hubiera, ¿dominarían los jesuitas en este país?

Según la competente opinión del cura de Navia, Echegaray y sus obras son inmorales.

Así se lo dijo terminantemente á unos jóvenes que querían representar un drama suyo.

Los jóvenes desistieron de su empeño, no tanto por atender el sabio dictamen del párroco, cuanto porque, después de lo dicho por éste, no hubiese entrado una peseta por la taquilla.

Convigente razón esta última, tratándose de un pueblo tan fanático.

¿En qué puede ocuparse el señor cura de la Cañada (Alicante) cuando termina sus improbas tareas?

En nada mejor de lo que se ocupa. En echar chicoleos alegres á cuantas muchachas se le ponen al alcance.

¡Oh sublime sacerdote! ¿Quién pudiera ayudarle en la tarea de admirar al Creador en sus criaturas femeninas! Y si alguna, agradecida, se dispusiera á complacerle en lo que más deseara, ¿quién tuviera la suerte de bir-lársela!

Que el Señor no aparte nunca de mí estos pensamientos tan hermosos.

Las salesas de Oviedo acostumbran á asomarse á las ventanas de su palacio-convento y despedir con el pañuelo á los viajeros que pasan en los trenes.

¡Pobrecitas! Tal vez no tengan ni un capellán que las distraiga en sus horas de hastío, ni siquiera un monaguillo como aquel que hizo célebre uno de los monasterios de su orden.

Compadezcámoslas, ya que no podamos hacer por hoy cosa mejor.

Se ahogaba un presbítero en la playa de Salón, llegó un pescador y lo puso en salvo.

El nuevo Moisés se limitó á gratificar con quince céntimos á su redentor.

Mezquina retribución, dicho sea con el respeto que el desprendimiento de la clase me merece.

Porque si un cura tasa su vida en quince céntimos, ¿cómo la tasarán sus enemigos?

En breve se establecerá en Oviedo un convento de jesuitas.

Nuestra enhorabuena á los ovetenses, porque así el día que toquen á repartir leña, no necesitan, como quien dice, salir de casa para proporcionarse un rato de civilizadora expansión.

PALOS Y PEDRADAS

El día 1.º del actual falleció en Mahón la excelentísima señora doña Encarnación del Vall Trag, esposa del brigadier D. Cipriano Carmona.

Habiendo dispuesto la finada que su entierro se hiciera civilmente, así se verificó, con gran solemnidad, á las seis de la tarde del mismo día.

Formaban la vanguardia del cortejo unos cuarenta niños acogidos en la casa de Misericordia, y á continuación iba el coche fúnebre de primera clase.

Presidían el duelo un ayudante del gobernador militar de la isla de Menorca, en representación del mismo; el señor alcalde de Mahón y una comisión del ayuntamiento; seguía el acompañamiento, que constaba de unas 900 personas de todas las clases sociales, entre las que figuraban el Sr. D. José Lon y Albareda, delegado del gobierno; D. Juan Taltavull García, presidente del comité monárquico liberal; D. Ramón Ballester y D. Pedro Ballester, abogados; D. Emilio Linares, secretario del ayuntamiento; individuos del citado comité; una co-

misión del partido republicano de los pueblos de Alayor San Luys, y Villa Carlos; otra del comité de la Unión Liberal Republicana, y muchísimos masones de las tres logias existentes allí.

Acompañamos al Sr. Carmona en su justo dolor, y si algún lenitivo pudiera atenuarlo, sírvale de consuelo la manifestación de simpatía que todas las clases sociales de Mahón le han dispensado con tan triste motivo.

Ha fallecido el albañil que hace pocos días se cayó de un andamio en las obras de la estación del Mediodía.

Tiemblo ante la idea de que hubiera podido presenciar el accidente cualquier respetable concejal al ir á recoger algún billete de favor de aquella empresa de ferrocarriles.

¡Menudo disgusto que hubiera llevado viendo el poco efecto de las medidas que adopta el municipio para seguridad del obrero!

Aseguran á *El País* que por un pueblo de una de las provincias andaluzas anda un presidiario condenado á doce ó catorce años, que se pasea libremente sin que nadie se lo impida.

Mejor es eso que creer que está cumpliendo condena y encontrárselo de manos á boca, como en otras partes sucede.

Y luego ¿qué importa que haya uno más en este presidio suelto?

Con motivo de las próximas elecciones municipales, Castelar recomienda á los posibilistas de Valencia la amalgama con los ministeriales.

Muchos de aquellos están dispuestos á no obedecer á D. Emilio. Así le evitarán un disgusto, pues el oficio de zurcir voluntades ha empezado á ser perseguido, como lo prueban las multas últimamente impuestas á las que lo ejercen, por el gobernador de esta provincia.

En Nápoles han presenciado el fenómeno meteórico de la lluvia fangosa, inundándose las calles del lodo que cafa materialmente de las nubes.

Pues es un fenómeno al que los españoles deben estar acostumbrados. También aquí hay una verdadera inundación de lodo, y también este cae de lo alto, según don Francisco Silvela, que, por haber vivido en las alturas del poder, es testigo irrecusable.

Durante el año económico anterior se han expedido en el gobierno civil de la Coruña 5.819 pasaportes para otros tantos emigrantes.

Gracias á que aumentan los conventos. Si no, podría temerse que en breve plazo se despoblara el país.

Además de la de Sevilla, parece que están ruinosas dos ó tres catedrales.

Me alegraré de que no suceda lo propio á las fábricas y talleres donde ganan su sustento multitud de familias honradas.

La Epoca pregunta que dónde está el gobierno. En el mismo infecto pantano en que lo dejaron los conservadores.

Los fusionistas denuncian ya periódicos á porrillo. Por ahí le vino la muerte á los conservadores. Continúen, por lo tanto.

BIBLIOTECA DE EL MOTIN

OBRA NUEVA IMPORTANTÍSIMA

LA IGLESIA Y LA MORAL

por DOM JACOBUS

Dos tomos: cinco pesetas.

Los suscriptores directos á *El Motin*, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir esta obra, y las demás de nuestra Biblioteca, con el cuarenta por ciento de rebaja, francas de porte. Pago adelantado.

BIBLIOTECA DE EL MOTIN

ACICATE DE LA ALEGRÍA. Colección de cuentos, epigramas y frases ingeniosas todo escogido.—Una peseta.

TESTAMENTO DE JUAN MESLIER, cura de Errós, gny, precedido de las cartas que Voltaire y D'Alembert escribieron en elogio suyo; ENSAYOS SOBRE LA HISTORIA NATURAL DE ALGUNAS ESPECIES DE MONJES.—Dos pesetas.

EL JUDÍO ERRANTE. Célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS, por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Dos pesetas.

LO QUE SON LOS CURAS, por el cura Juan Meslier.—Dos pesetas.

COMENTARIOS Á LA BIBLIA (*El Ciudadano*), escrito en francés por Pigault-Lebrun.—Versión castellana, con un prólogo y la biografía del autor, por A. G. M.—Obra interesantísima.—Una peseta.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.